

viremos en la observancia de vuestros preceptos, medio único de conseguir la gloria que nos conquistásteis con vuestra muerte. Aceptad, ¡oh Redentor de nuestras almas! el arrepentimiento que sentimos de nuestras culpas y dignaos escuchar nuestras fervorosas plegarias: *Señor mio Jesucristo, etc., etc.*

SERMON

DE LAS SIETE PALABRAS QUE HABLÓ EN LA CRUZ

NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

INTRODUCCION.

Vere languores nostros ipse tulit, et dolores nostros ipse portavit.

En verdad tomó sobre si nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores.

Isai. cap. LIII, v. 4.

Hace pocas horas, hermanos míos, que con un espíritu verdaderamente cristiano, cubiertos de luto y vertiendo lágrimas de dolor, nos reunimos en este santo templo para recordar la memoria de la pasión y muerte del Redentor de nuestras almas. Vímosle vendido por uno de sus discípulos, abandonado de los demás, arrastrado á guisa de malhechor de tribunal en tribunal, ora burlado, ora abofeteado, ya insultado por la chusma que le rodeara y ansiosa deseara su muerte, ya coronado de espinas, ahora cruelmente azotado, despues pospuesto á Barrabás y siempre

hecho el ludibrio y escarnio de un pueblo amotinado. Llenos de compasion le consideramos camino del Calvario, cargado cual otro Isaac con la leña del Sacrificio, sufriendo terribles angustias, pues que llevaba sobre sí nuestras enfermedades é iba cargado de nuestros dolores: *Vere languores nostros ipse tulit, et dolores nostros ipse portavit*. Vimosle abrazado con la mas valerosa Judith, su Santísima Madre, y no pudimos contener nuestros afectos ni detener nuestras lágrimas al escuchar aquel amorosísimo coloquio. Siguiendo los pasos al Salvador y á la afligida María, llegamos al monte de las Calaveras y presenciarnos aquel sacrificio de valor infinito ofrecido al Eterno Padre por la salud del mundo. Vimos cumplidas las profecías todas en la persona de Jesucristo, cuya muerte fué sentida y anunciada hasta por los mismos elementos, como nos lo demuestra la oscuridad del sol, el eclipse de los demas astros, el temblor de la tierra, el choque de las piedras, la resurreccion de los muertos y otros mil prodigios que se verificaron. ¡Y qué es esto, hermanos míos! ¿No se ha satisfecho todavía vuestra piedad? ¿No habeis demostrado suficientemente en esta mañana el sentimiento que os ha causado la muerte de Jesucristo? ¿Qué pretendéis ahora? ¿Por qué abandonando de nuevo vuestros cuidados os congregais en tanto número bajo las bóvedas de este santuario? ¿No habeis llorado bastante? Retiraos, pues, á vuestras casas y buscad algunas distracciones honestas que sirvan de lenitivo á vuestras penas: marchad... ¿pero qué es lo que digo? Ese altar enlutado, esas opacas luces, esa tristeza que advierto en vuestros semblantes, todo en suma cuanto me rodea me presenta un espectáculo aterrador; y vuestra compostura y vuestro silencio

todo me indica que no estais satisfechos. Es verdad que habeis acompañado al Redentor en sus aflicciones; es verdad que le habeis visto espirar en el leño sagrado de la Cruz; pero vosotros estais instruidos en la religion que profesais y sabeis por lo tanto que momentos antes que Jesucristo exalara su postrer aliento pronunció siete palabras, pero siete palabras llenas de consuelo, espresiones que contienen en sí toda la moral del Evangelio; siete palabras llenas de sabiduría que el Señor quiso dirigirnos para nuestra enseñanza. No me digais ya el motivo de haberos vuelto á reunir en este lugar santo, ni me espliqueis los motivos de vuestras ansias. Quereis oirlas, quereis escuchar la esplicacion de cada una de ellas, quereis grabarlas en vuestros corazones, quereis... empero preparad vuestros espíritus, disponeos á verter nuevas lágrimas. Las palabras de Jesucristo penetrarán hasta lo mas interno de vuestros corazones. Ellas os demostrarán hasta dónde llegó su caridad, y ora contempleis al Redentor en medio de los tormentos de la cruz pidiendo á su Eterno Padre misericordia y perdon para sus mismos verdugos, ora demostrando las riquezas de su poder perdonando á Dimas y ofreciéndole un asiento en su gloria, ya desposeyéndose del título de hijo de María para dárnosla por madre á todos los mortales, para que en ella tuviésemos una medianera de intercesion; ya contempleis su paciencia heróica y su obediencia á su Eterno Padre; ahora le oigais esclamar que aun le parece poco cuanto ha sufrido y padecido por el hombre, pues tiene sed de sufrir mas si necesario fuera para nuestra salvacion, por último le contempleis dando por concluida la obra para que habia sido enviado, é inclinando la cabeza espirar en la Cruz. ¡Cuántas lecciones!

¡Cuántos santos ejemplos encontraremos en cada una de las palabras que se desprenden de los labios del divino Jesus! ¡Quién estuviera dotado en este momento de una elocuencia con la cual pudiera penetrar hasta dentro de vuestros corazones!

¡Oh Cruz santa, leño de nuestra Redencion, cátedra sagrada del divino Salomon! ven en mi ayuda. Y vosotros, fieles, disponeos para escuchar las mas sublimes lecciones.

PRIMERA PALABRA.

Pater dimitte illis non enim sciunt quid faciunt.

Padre perdónalos, porque no saben lo que hacen.

Luc. cap. XXIII, v. 34.

Hánse cumplido, hermanos míos, los deseos de la inícuca Sinagoga. «Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos (1),» habian dicho los judíos que tanto deseaban ver crucificado al que habia venido para salvarlos. Jesucristo ha subido, pues, á la cumbre del Calvario, ha sido despojado de sus vestiduras y estendiendo su bendito cuerpo sobre el leño, ha sido cosido á él con duros y penetrantes clavos. La Cruz ha sido elevada y dejada caer en el agujero de la peña. ¿Será ya bastante? Jesucristo ha sido crucificado entre dos ladrones. ¿Se dará ya por satisfecho el deicida pueblo? ¿Los enemigos de Dios se retiran de aquel lugar sin insultar de nuevo á la sagrada víctima? Nada mas natural que mostrar un rasgo de compasion á la vista de un reo, por mas que los crímenes que le condujeran al patíbulo fuesen los mas horrorosos. En

(1) Et respondens universus populus, dixit: Sanguis ejus super nos, et super filios nostros. Math. cap. XXVII, v. 25.

Jerusalén un hombre ha sido sentenciado á muerte, y cumplida la sentencia, se halla pendiente de la Cruz próximo á exhalar el último suspiro, y no obstante que es inocente é impecable, á pesar de que no se le puede acusar sino de haber dispensado grandes y extraordinarios beneficios á las gentes, dando vista á los ciegos, oídos á los sordos, agilidad en sus miembros á los paráliticos y vida á los muertos, no hay que esperar de aquel pueblo infame la mas ligera demostración de compasión. Burlándose los judíos de aquel que habia venido á darnos la vida con su preciosa muerte, unos le decian: «Ah, tú el que destruyes el templo de Dios, y lo reedificas en tres dias, sálvate á tí mismo: si eres Hijo de Dios descende de la cruz (1).» Sálvate á tí mismo, le decian otros, si eres rey de los judíos (2).

El pacientísimo cordero sufría tantos denuestos con la misma resignación que habia sufrido los malos tratamientos y los dolores crueles de su pasión, con la misma resignación con que sufría el actual tormento de estar pendiente en la Cruz, y cuando resuenan en el Calvario las maldiciones de aquellas lenguas sacrílegas, el Salvador abre sus divinos lábios y se dispone á hablar: empero no temais que á vista de tanta maldad y desenfreno vaya á pedir á su Eterno Padre un castigo ejemplar para aquel pueblo tan favorecido como ingrato. Todo lo contrario; Jesucristo habia descendido de los cielos para salvar á todos los hombres: habia venido para la salud de todos, y sus deseos eran de que todos se convirtiesen á él, y aprovechando el

(1) Vah qui destruis templum Dei, et in triduo illud rædificas, salva te metipsum: si Filius Dei es, descende de cruce. Ibid. cap. XXVII, v. 40.

(2) Si tu es rex Judæorum, salvum te fac. Luc. cap. XXIII, v. 37.

fruto de su preciosa sangre se salvaran. Ni sus mismos enemigos, ni los mismos verdugos que le crucificaran dejaban de ser objeto de su amor; por esto es que la primera palabra que pronuncia en la sagrada cátedra de la Cruz, es una petición de misericordia dirigida á su Eterno Padre, rogándole usase de piedad con sus mismos enemigos y ejecutores. *Jesus autem dicebat: Pater dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt.* Jesus decia: Padre, perdónalos, pues no saben lo que se hacen. ¡Oh amor divino! ¡Oh corazón amantísimo de mi buen Jesus, Salvador y Redentor de mi alma! ¿Esta es, Señor, la venganza que tomas de tus enemigos? ¿De este modo castigas á esos hombres obcecados, que tan crueles tormentos te han hecho sufrir, y que no contentos todavía con esto, al verte pendiente de la cruz te insultan y escarnecen? *Padre, perdónalos, que no saben lo que se hacen.* ¡Oh y cuánto dicen á mi corazón estas palabras de misericordia pronunciadas por los labios del moribundo Jesus! *Padre, perdónalos;* es decir. Yo, oh Padre mio, he sido obediente hasta este momento en que poco me falta para espirar: he cumplido los decretos de tu Providencia: cuando fué tu voluntad dejé mi trono de gloria y oculté mi divinidad encubriéndola bajo los velos de la humanidad: me sujeté voluntariamente á todas las miserias humanas escepto al pecado, y cumpliendo mi misión he hecho bien y he enseñado á las gentes, y cuando ha sonado la hora determinada para los grandes sufrimientos, no he rehusado ninguno: lleno de obediencia á tí y de amor á los hombres, he apurado sin repugnancia el cáliz de la amargura. ¿Y será posible, Padre mio, que todavía se hayan de perder algunas criaturas? ¿Será posible que haya criaturas tan ob-

ce cadas que no se hayan de aprovechar del fruto de la Redencion? Si con mi muerte desato yo las ligaduras que aprisionaban á la humanidad al terrible carro del fuerte armado, ¿serán tan ignorantes los hombres que volverán á aprisionarse por medio del pecado? ¿Huirán de la Cruz con la que yo amorosamente estoy abrazado y corriendo precipitadamente por el jardin de sus pasiones, se harán de nuevo esclavos del demonio? ¡Ah! No lo permitais, Padre mio. Haced que todos se salven, que no se pierda ningun alma, y que todos disfruten de la herencia del cielo que yo les he rescatado con mi sangre, y hasta estos mismos que tanto me han atormentado, y que con la mayor inhumanidad me han crucificado, son objetos tiernos de mi amor: no les tomeis, pues, en cuenta su delito, ábreles los ojos de sus almas para que reconozcan su crimen de deicidio, y *perdónalos pues no saben lo que hacen*. Si ellos hubieran conocido mi divinidad, si hubieran sabido que yo soy un Dios contigo y el Espíritu Santo, en unidad de esencia y trinidad de persona, en este caso, lejos de maldecirme me hubieran llenado de bendiciones, y con el mayor respeto hubiesen besado la orla de mis vestidos: *perdónalos pues no conocen su crimen*.

Señores: á vista de estas tiernas y misericordiosas palabras de nuestro amabilísimo Redentor, ¿encontraré yo espresiones bastantes á ponderar el amor que profesa á la humanidad? A mí me se hace tanto mas admirable esta oracion de Jesucristo á su Eterno Padre, cuanto que la hace en los momentos en que mayores tormentos sufre: pide por sus enemigos cuando vertiendo sangre por todos los poros de su bendito cuerpo, se halla aprisionado por los clavos en el árbol

de la cruz. A la verdad, si yo oyese á Jesucristo pedir por sus enemigos, cuando despues de haber sufrido persecucion por ellos, se hallase reposado en medio de sus amados discípulos, no haria otra cosa que bendecir su misericordia; pero cuando veo que lo hace en los momentos mas solemnes, cuando veo que olvidándose de sus actuales tormentos eleva su oracion al cielo en favor de sus verdugos, ¡ah! entonces es cuando no puedo menos de juntar mi cabeza con el polvo de la tierra y atónito y confuso al ver tal esceso de amor, cantar con el real Profeta las misericordias del Señor, de la cual está llena la tierra (1).

Filósofos engreidos, hombres de barro que olvidando vuestra pequeñez y miseria, estais llenos de orgullo y de vanidad, y desprecias á vuestros hermanos tal vez porque poseeis mas bienes ó mas talento que ellos, y vosotros hombres vengativos para quienes seria una deshonra perdonar un agravio y quereis vengar con sangre la mas ligera ofensa, despojaos por un momento de ese orgullo de que estais revestidos, desnudaos de esa soberbia con que os presentais en la sociedad, y subid con vuestra consideracion al Calvario, y á la vista del tierno espectáculo que allí se os ofrece, podeis formar un paralelo entre la grandeza de Jesucristo y la vuestra, entre las ofensas que ha recibido de sus enemigos y las que habeis recibido vosotros de los vuestros, y en suma, entre su conducta y la vuestra; mejor diré, entre la conducta de un Dios y la de una miserable criatura. ¡La grandeza de Jesucristo!... ¡Ah hermanos míos! Jesucristo aunque es hombre verdadero, es tambien verdadero Dios, por esto

(1) Misericordia Domini plena est terra. Ps. XXXII, v. 5.
Tomo I. 33

corresponden á él todos los atributos de la divinidad: se ofreció á la muerte porque así fué su voluntad (1), pero es Eterno, Inmenso, Omnisciente, y estos y los demás atributos le corresponden como al Padre y al Espíritu Santo! ¿Y el hombre?... ¿Cuál es su grandeza? ¿Cuál su dignidad comparada con la de la víctima del Gólgota? Verdad es que el hombre fué formado á la imágen y semejanza de Dios, pero el pecado lo hizo imágen del demonio, y si despues ha sido ensalzado á la dignidad de Hijo de Dios, lo debe al sacrificio de Jesucristo. Las ofensas que Jesucristo recibió de sus enemigos fueron las mas crueles; ellos le abofetearon, le escupieron, le azotaron, y últimamente le crucificaron entre dos ladrones. ¿Hay comparacion posible entre aquellas ofensas y las que vosotros, hombres orgullosos, recibir podeis de vuestros hermanos? Y no obstante, el que es Dios perdona, el que es Dios sufre con resignacion, el que es Dios y se halla en un patíbulo cual el mas vil de los hombres, esclama á su Eterno Padre, *perdónalos que no saben lo que se hacen*, y vosotros, miserables criaturas de la tierra, jurais ódio eterno á aquel que una vez os ofende, y si os fuese dable quisierais esterminarle de la tierra. Aprended, pues, y aprendamos todos de nuestro Salvador Jesucristo á perdonar y pedir gracias para aquellos que nos han ofendido. No resuene mas entre nosotros el grito de venganza, antes por el contrario, propongámonos desde este solemne dia reconciliarnos con nuestros contrarios y vivir con todos nuestros prógimos en santa fraternidad.

Dulcísimo Jesus, alcance tambien á nosotros ese

(1) Oblatus est quia ipse voluit. Isai. cap. LIII, v. 7.

perdon que imploras de tu Eterno Padre. Tambien nosotros somos culpables; no asistimos á la trájica escena del Calvario, pero entregándonos á los placeres del mundo corrompido, hemos mil y mil veces renovado tus dolores y tu muerte. Ten piedad de nosotros ¡oh mediador poderoso! pide tambien á tu Padre por estas miserables criaturas como pedistes por tus implacables enemigos: dile presentándole nuestras lágrimas y arrepentimiento: ¡Padre, perdónales... perdónales! Oh! ¡Así sea... Así sea!...